CUARTO ENCUENTRO INTERNACIONAL DE POESÍA MANUEL ACUÑA

JAIME SABINES
90 ANIVERSARIO

Primera edición, Saltillo, 2016

© Gobierno del Estado de Cohauila de Zaragoza
© Secretaría de Cultura de Coahuila

EDICIÓN: Alejandro Beltrán
DISEÑO: Estefanía Nicté Estrada
ILUSTRACIÓN: Patricio Betteo

Impreso y hecho en México

El poeta, el condenado a vivir se distribuirá
de forma gratuita y sin fines de lucro.

EL POETA, EL CONDENADO A VIVIR

UN BREVE ACERCAMIENTO A LA VIDA
Y OBRA DE JAIME SABINES

Jaime Sabines,
el atemporal

Jaime Sabines, nacido en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, en 1926, es un poeta leído por jóvenes, por adultos, por mujeres y hombres, admirado y citado de memoria en reuniones, en bibliotecas, en escuelas, en hospitales, en la calle: podría decirse que es un poeta atemporal, pues su obra no tiene vigencia, y una figura importante para la literatura tanto de México como de Hispanoamérica.

Pero Sabines, como él mismo lo dijo, antes de ser poeta era un peatón, un hombre al que la poesía le puso "otras manos, y le quitó la piel para que sintiera el peso de una pluma" y así lo dejó plasmado en libros como *Horal*, *La señal*, *Adán y Eva*, *Tarumba*, *Diario se-*

manario, en los que le canta a la muerte y a la vida, a la soledad, al humor, al amor y al desamor, a la humanidad y a las cosas.

Hoy, en este 2016, el poeta chiapaneco estaría cumpliendo 90 años, y el Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza, en el marco del Cuarto Encuentro Internacional de Poesía Manuel Acuña, le rinde un homenaje y presenta el libro *El poeta, el condenado a vivir*, en el que se reúnen comentarios sobre la vida y obra de Jaime, dos poemas: "Algo sobre la muerte del mayor Sabines" y "Doña Luz", así como una entrevista de Ana Cruz y un ensayo de Efraín Bartolomé. La imagen del Encuentro la realizó el artista Patricio Betteo.

Jaime Sabines murió en 1999 en la Ciudad de México, pocos días antes de cumplir 73 años, sin embargo no se fue, su poesía lo atrapó en los lectores del pasado, del presente y, seguramente, en los lectores venideros, lo condenó (en el mejor sentido de la palabra) a

vivir eternamente en sus versos, en los sentimientos, en su estilo, en el juego con el lenguaje y las palabras, y nos ayudó, parafraseando al mismo Sabines, "a salvarnos del diario morir".

Lic. Ana Sofía García Camil
SECRETARIA DE CULTURA
DE COAHUILA

El poeta es el testigo del hombre, de las cosas, del acto amoroso, de la acción poética. La poesía debe ser testigo de nuestra vida cotidiana. Yo no puedo escribir lo que no he tocado, lo que no ha visto mi sentido.

DATOS BIOGRÁFICOS

Jaime Sabines Gutiérrez, hijo de Julio Sabines y Luz Gutiérrez, nació en Tuxtla Gutiérrez, capital de Chiapas, el 25 de marzo de 1926.

•

Los primeros contactos que tuvo con la literatura fueron a través de su padre, el Mayor Sabines, pues cuando Jaime era niño, le mostró el Cantar de los Cantares, cuentos de *Las mil y una noches* y los cuentos de Antar.

•

Jorge, uno de los hermanos de Jaime, tenía cierta vocación por las letras. En una ocasión se inscribió a un concurso literario que había en su escuela, pero, por algunos motivos, no pudo registrar el trabajo a su nombre por lo que utilizó el de Jaime. Al dar los resultados, Jaime había sido el ganador.

Desde niño, a Jaime le gustaba declamar.

•

Por cuestiones económicas, los hermanos de Jaime sólo pudieron estudiar la primaria, pero, al ver que a su hermano le gustaba estudiar y tenía buenas notas, le dijeron a su padre que lo apoyara en sus estudios, en los que pronto destacó en las materias de literatura.

•

Con el paso de los años, Jaime decidió viajar a la Ciudad de México para estudiar medicina, pues pensaba que eso era lo que sus padres querían, siendo esta etapa una de las más difíciles en su vida: su vocación era la literatura.

Jaime duró varios años estudiando medicina, atormentado por los problemas que tenía con los maestros y con la ciudad misma, hasta que un día le confesó a su padre que jamás ejercería la profesión. Ahí se dio cuenta que nadie le había dicho que estudiara esa carrera. Entonces la dejó y regresó a Tuxtla Gutiérrez.

•

Sabines tuvo muchas influencias, más que de estilo, espirituales y morales. Leyó *La filosofía perenne* de Aldous Huxley, *El Ulises* de James Joyce, libro que lo transformó, así como la Biblia.

•

En su juventud, leía semestralmente a un autor: seis meses a Pablo Neruda, seis meses a Federico García Lorca, a Juan Ramón Jiménez, entre muchos otros.

Después de dejar la Escuela de Medicina y regresar a su casa, Jaime decidió viajar nuevamente a la Ciudad de México para estudiar en Filosofía y Letras. En este tiempo hizo amistad con Emilio Carballido, Rosario Castellanos, Pita Amor, Eraclio Zepeda y conoció también a Juan Rulfo y a Juan José Areola.

•

Jaime Sabines casi nunca rescribía sus poemas ni les hacía correcciones, decía que le salían las palabras a flor de piel, a flor humana, que el poema salía como un fruto.

Carlos Pellicer, al leer uno de los poemas de Jaime, se interesó en su poesía. Le dijo que cuando publicara un libro, él le escribiría el prólogo, sin embargo, Jaime, agradecido, rechazó la oferta, pues quería valerse por él mismo.

•

En 1950, después de haber encontrado su propia voz poética, publica *Horal*, su primer libro.

•

Con el paso del tiempo, su padre sufrió un accidente y Jaime decidió regresar a Chiapas para verlo. En su ciudad se encontró nuevamente con Chepita, y eligió quedarse y casarse con ella, dejando inconclusa la carrera.

Juan, el hermano de Jaime, por su trabajo como diputado tuvo que viajar a la Ciudad de México, dejando a Jaime Sabines encargado de una tienda donde vendían telas. Jaime, al tener que barrer las banquetas y cortar las telas, se sentía humillado, pues el comercio era, como él mismo lo dijo, "la actividad más antipoética del mundo".

•

Jaime llevaba casi seis meses trabajando en la tienda y no había escrito ni una palabra, por lo que decidió hacer "poesía de sombra" y todas las noches, durante un mes, se dedicó a escribir un soneto.

Durante el tiempo que estuvo trabajando tras el mostrador de la tienda, escribió *Tarumba*.

•

Jaime Sabines escribió una primera parte del poema dedicado a su padre: "Algo sobre la muerte del Mayor Sabines", y tres años después lo terminó, escribiendo la segunda parte.

•

Sabines fue becario del Centro Mexicano de Escritores, en el cual estaban Juan Rulfo, Salvador Elizondo, entre otros.

•

En 1976 fue diputado federal de Chiapas.

Jaime recibió muchos premios, reconocimientos y homenajes, entre ellos están el Premio "Elías Sourasky", el Premio Nacional de Ciencias y Artes, la UNAM y el INBA le hicieron un homenaje por sus 60 aniversario, también fue condecorado con la medalla Belisario Domínguez.

•

Antes de cumplir 73 años, el 19 de marzo de 1999, Jaime Sabines murió después de una larga lucha contra las enfermedades, pues tuvo más de 35 operaciones. Como homenaje, muchos festivales y premios llevan su nombre.

Doña Luz

I

Acabo de desenterrar a mi madre, muerta hace tiempo. Y lo que desenterré fue una caja de rosas: frescas, fragantes, como si hubiesen estado en un invernadero.

¡Qué raro es todo esto!

II

Es muy raro que yo también tuviese una madre. A veces pienso que la soñé demasiado, la soñé tanto que la hice. Casi todas las madres son criaturas de nuestros sueños.

III

En la fotografía conserva para siempre el mismo rostro. Las fotografías son injustas, terriblemente limitadas, esclavas de un instante perpetuamente quieto. Una fotografía es como una estatua: copia del engaño, consuelo del tiempo.

Cada vez que veo la fotografía me digo: no es ella. Ella es mucho más.

Así, todas las cosas me la recuerdan para decirme que ella es muchas cosas más.

IV

Creo que estuvo en la tierra algunos años. Creo que yo también estuve en la tierra. ¿Cuál es esa frontera?, ¿qué es lo que ahora nos separa?, ¿nos separa realmente?

A veces creo escucharla: tú eres el fantasma, tú la sombra. Sueña que vives, hijo, porque es hermoso el sueño de la vida.

V

En un principio, con el rencor de su agonía, no podía dormir. Tercas, dolorosas imágenes repetían su muerte noche a noche. Eran mis ojos sucios, lastimados de verla; el tiempo del sobresalto y de la angustia. ¡Qué infinitas caídas agarrado a la almohada, la oscuridad girando, la boca seca, el espanto!

Pero una vez, amaneciendo, la luz indecisa en las ventanas, pasó su mano sobre mi rostro, cerró mis ojos. ¡Qué confortablemente ciego estoy de ella! ¡Qué bien me alcanza su ternura! ¡Qué grande ha de ser su amor que me da su olvido!

VI

Fue sepultada en la misma fosa de mi padre. Sus cuerpos reposarán juntos hasta confundirse, hasta que el tiempo diga ¡basta!

(¡Qué nostalgia incisiva, a veces, como ésta!)

¿En dónde seré enterrado yo? Me gustaría cuidar mis funerales: nadie llorando, los encargados del oficio, gente decente. De una vez solo hasta un lugar lejano, sin malas compañías. O incinerado, estupendo. Cualquier río, laguna, charco, alcantarilla: todo lugar sagrado.

No me acostumbro a vivir.

VII

De repente, qué pocas palabras quedan: amor y muerte.

Pájaros quemados aletean en las entrañas de uno.

Dame un golpe, despiértame.

Dios mío, ¿qué Dios tienes tú?, ¿quién es tu Dios padre, tu Dios abuelo? ¡Qué desamparado ha de estar el Dios primero, el último!

Sólo la muerte se basta a sí misma. Se alimenta de sus propios excrementos. Tiene los ojos encontrados, mirándose entre sí perpetuamente.

¡Y el amor! El amor es el aprendizaje de la muerte.

VIII

Si tú me lo permites, doña Luz, te llevo a mi espalda, te paseo en hombros para volver a ver el mundo.

Quiero seguir dándote el beso en la frente, en la mañana y en la noche y al mediodía. No quiero verte agonizar, sino reír o enojarte o estar leyendo seriamente. Quiero que te apasiones de nuevo por la justicia, que hables mal de los gringos, que defiendas a Cuba y a Vietnam. Que me digas lo que pasa en Chiapas y en el rincón más apartado del mundo. Que te intereses en la vida y seas generosa, enérgica, espléndida y frutal.

Quiero pasear contigo, pasearte en la rueda de la fortuna de la semana y comer las uvas que tu corazón agitaba a cada paso.

Tú eres un racimo, madre, un ramo, una fronda, un bosque, un campo sembrado, un río. Toda igual a tu nombre, doña Luz, Lucero, Lucha, manos llenas

de arroz, viejecita sin años, envejecida sólo para parecerte a los vinos.

IX

¡Con qué gusto veías los nuevos utensilios de cocina, una sartén, una olla reluciente, un mondador facilísimo! Sabías para qué sirven las cosas y extraías de ellas el máximo provecho. Nunca dejaste de estar asombrada ante la radio, la televisión, los programas del hombre: asombrada, interesada, despierta.

Y algo en ti, sin embargo, era antiquísimo, elemental, permanente. Por eso podías, con el Viejo, remontar un río en canoa, construir una cerca, levantar una pared, cuidar un gallinero, dar de comer, dar sombra, dar amor.

Aún en los años de la derrota -vejez, viudez y soledad juntas- seguiste levantándote temprano, hacías café para todos, un desayuno abundante y rico; esperabas tus hijos, tus nietos, lo que te quedaba.

Te lo agradezco, madre: hay que seguir levantándose temprano para esperar diariamente la vida.

X

Quiero hacerte un poema, darte unas flores, un plato de comida que te guste, alguna fruta, un buen trago; llevarte tus nietos, comunicarte una noticia estupenda.

De la ventana de tu casa me he regresado porque tu casa está vacía inexplicablemente.

¿Qué le pasa al mundo?

Me he puesto a trabajar como un burro tratando de ocuparme, de traerme al mundo, de estar con las cosas. Lo he logrado. ¡Pero hay un instante de lucidez, un solo instante!

"Si vuelves atrás la mirada quedarás hecho una estatua de sal." Y yo soy, apenas, un hombre de piedra que quiere ver hacia adelante.

XI

Dame la mano, o cógete del brazo, de mi brazo. Entra al coche. Te llevaré a dar el último paseo por el bosque.

Querías vivir, lo supe. Insistías en que todo era hermoso, pero tu sangre caía como un muro vencido. Tus ojos se apagaban detrás de ti misma. Cuando dijiste "volvamos" ya estabas muerta.

¡Qué dignidad, qué herencia! Nos prohíbes las lágrimas ahora. No nos queda otro remedio que ser hombres.

XII

Debe de ser algo distinto. Tu alma: unos puntos de luz reunidos en el aire, una luz tibia y flotante. Algo que se aposenta en el corazón como un pájaro.

Yo la he visto sin verla, la he tocado con otras manos diferentes a éstas. Hemos hablado en algún modo que todavía no entiendo, y me ha dejado triste.

Me ha dejado triste, tirado todo el día sobre mis sueños.

XIII

Decías que una mariposa negra es el alma de un muerto. Y hace muchos días que esta mariposa no sale de la casa. Hoy temprano la he visto sobre el cristal de la ventana, aleteando oscuramente, y dije: ¡Quién sabe! ¿Por qué no habías de ser una mariposa rociando mi casa con el callado polen de sus alas?

XIV

Tú conoces la casa, el pequeño jardín: paredes altas, estrechas, y allí arriba el cielo. La noche permanece todavía sobre la tierra y hay una claridad amenazante, diáfana, encima. La luz penetra a los árboles dormidos (hay que ver la isla de los árboles dormidos en la ciudad dormida y quieta). Se imaginan los sueños, se aprende todo. Todo

está quieto, quieto el río, quieto el corazón de los hombres. Los hombres sueñan.

Amanece sobre la tierra, entre los árboles, una luz silenciosa, profunda.

Me amanece, dentro del corazón, calladamente.

XV

Estoy cansado, profundamente cansado hasta los huesos. No tengo nada más que el reloj al que doy cuerda todos los días como me doy cuerda a mí.

Este desierto no es árido ni tremendo. En él hay gente, árboles, edificios, automóviles, trenes, banderas y jardines. ¡Y qué desolación! ¿Qué estamos haciendo tú y el Viejo y yo? Caminar sobre la tierra o subterráneamente hacia el sol, hacia la boca del fuego redondo, hacia el hoyo que se abre en el cielo entre las constelaciones.

El espasmo del día, el corazón detenido de la noche, todo es igual, ay, todo es la muerte, la gran serpiente ciega arrastrándose interminablemente.

XVI

"Cuando reviva mi abuelita, voy a acusar a Julio con ella", me dio a entender la Pipi hoy en su media lengua. "¿Veldá, papá?"

-Sí, hijita. Cuando reviva tu abuelita le va a dar unas nalgadas a Julio para que no te moleste.

Y me quedé pensando que todavía no es posible. Son los meses del frío. Habrá que esperar la primavera para que nazca de la amorosa tierra, bajo los árboles luminosos, en el aire limpio.

XVII

Lloverás en el tiempo de lluvia,
harás calor en el verano,

harás frío en el atardecer.
Volverás a morir otras mil veces.
Florecerás cuando todo florezca.
No eres nada, nadie, madre.

De nosotros quedará la misma huella,
la semilla del viento en el agua,
el esqueleto de las hojas en la tierra.
Sobre las rocas, el tatuaje de la sombras,
en el corazón de los árboles la palabra amor.

No somos nada, nadie, madre.
Es inútil vivir
pero es más inútil morir.

XVIII

Sobre tu tumba,
madre, padre,
todo está quieto.

Mapá, te digo,
revancha de los huesos,
oscuro florecimiento,
encima tuyo, ahora,
todo está quieto.

Una piedra, unas flores,
el sol, la noche, el viento,
(¿el viento?)
mi corazón, el mundo,
todo está quieto.

XIX

Niña muerta, descansa
en nuestros brazos quietos.

En la sombra, descansa
junto a nuestro cuerpo.
Cómete mis ojos

para mirar adentro,
acaba mis labios,
mi boca, mi silencio,
bébete mi alma,
bébete mi pecho,
niña muerta, mía,
que yo te mantengo.

La tierra está negra,
mi dolor es negro.
Vacía está mi caja,
vacío está mi cuerpo.

Niña muerta, gota
de rocío en mi pelo.

XX

Vienen la Noche Buena
y el Año Nuevo.

¿Quién soy yo que me escape
ahora de ser bueno?

Hermano mío, te saco
el puñal de la espalda,
y tú, que me has robado,
déjame entrar a casa.

Vienen la noche mala
y el año viejo,
¡y qué cansado estás,
qué desnudo me siento!

XXI

La casa me protege del frío nocturno, del sol del mediodía, de los árboles derribados, del viento de los huracanes, de las asechanzas del rayo, de los ríos desbordados, de los hombres y de las fieras.

Pero la casa no me protege de la muerte. ¿Por qué rendija se cuela el aire de la muerte? ¿Qué hongo de las paredes, qué sustancia ascendente del corazón de la tierra es la muerte?

¿Quién me untó la muerte en la planta de los pies el día de mi nacimiento?

XXII

¿Es que el Viejo está muerto y tú apenas recién morida? (¿Recién parida?, ¿palpitante en el seno de la muerte?, ¿aprendiendo a no ser?, ¿deslatiendo? ¿Cómo decir del que empieza a contar al revés una cuenta infinita?)

¿Es que hay flores frescas y flores marchitas en el rosal oscuro de la muerte?

¿Por qué me aflijo por ti, como si el Viejo ya fuese un experto en estas cuestiones y tú apenas una aprendiz?

¿Es que han de pasar los años para que los muertos saquen de su corazón a los intrusos? ¿Cuándo me arrojarás, tú también, de tu tumba?

XXIII

El cráneo de mi padre ha de ser pequeño y fino. Sin dientes: se los quitaron hace tiempo. Las cuencas de los ojos no muy grandes. La frente tersa, sin daño, ascendiendo graciosamente; la herradura del maxilar sólida, maciza.

Si pudiera ponerle unos ojos al destino, le pondría los suyos, de una vez que me dijo: somos polvo.

Somos huesos un tiempo. Harina de la piedra que ha de quedarse inmóvil.

Siento que no podré morirme hasta no tener en mis manos un momento el cráneo de mi padre. Es como una cita que tenemos: lo más amado de nosotros dos.

XXIV

Todo esto es un cuento, lo sabemos. He querido hacer un poema con tu muerte y he aquí que tengo la cabeza rota, las manos vacías. No hay poesía en la muerte. En la muerte no hay nada.

Tú me das el poema cuando te sientas a mi lado, cuando hablamos. ¡En sueños! ¿No serán los sueños sólo la parte subterránea de este río que amanece cargado de esencias? ¿No serán el momento de conocer para siempre el corazón oculto de la tierra?

¿Quién canta? El que lloró hace rato. ¿Quién va a vivir ahora?
Los que estábamos muertos.

El paralítico se levanta todos los días a andar, mientras el ciego atesora la luz para siempre.

Por eso el hambriento tiene el pan, y al amoroso no lo sacia la vida.

هـ

ERACLIO ZEPEDA

Sabines es uno de esos extraños poetas que nacen una vez cada 500 años. Dentro de 500 años, cuando nazca otro poeta tan grande como él, los jóvenes, sin duda, seguirán buscando su *Tarumba*, su *Horal*, *La señal*.

EMMANUEL CARBALLO

Sabines no es un poeta de gabinete, no es un poeta académico, es un poeta de la calle, sacó la poesía a los cuartos de hotel de mala muerte, a los cabarets de la Zona Central de la Ciudad de México en sus primeros libros, a los prostíbulos, a las cantinas, a las oficinas, en contraposición a los poetas de épocas anteriores.

MÓNICA MANSOUR

Tú puedes ver, analizar o leer cualquier obra de Sabines y te vas a dar cuenta que no sobra nada y que no le falta nada, eso es consecuencia de una técnica.

UNA CONVERSACIÓN A RAS DE TIERRA

EFRAÍN BARTOLOMÉ

Una conversación a ras de tierra

Tenía dieciséis años –*¡una estrella en la mano!*– y vivía mi primera temporada en el infierno llamado Distrito Federal.

En la pequeña biblioteca de la casa donde llegué a vivir, encontré, junto a la gran poesía de Ramón López Velarde y Leopoldo Lugones, una sección de poesía chiapaneca.

La devoré.

Entre esos libros había un cuadernillo –sobretiro de la revista *Metáfora*– con un título sonoro y algo extraño: *Tarumba*.

Su autor: Jaime Sabines.

Su condición: una música extraña y una no menos extraña capacidad para marcar indeleblemente la

lengua y el alma de un lector preparatoriano.
Me gustaba decir Tarumba en voz muy alta:

> Tarumba.
> Yo voy con las hormigas
> entre las patas de las moscas.
> Yo voy con el suelo, por el viento,
> en los zapatos de los hombres,
> en las pezuñas, las hojas, los papeles.
> [...]
> Sé lo que me has dicho de mí.
> Tengo miedo de no saber,
> de estar aquí como mi abuela
> mirando la pared, bien muerta.
> Quiero ir a orinar a la luz de la luna.
> Tarumba, parece que va a llover.

Y se quedaba mi lengua interior repitiendo versos crudos: "miedo de no saber, de estar aquí como

mi abuela mirando la pared, bien muerta…" ¡Estar aquí como mi abuela mirando la pared, bien muerta! ¿Pero cómo se atrevía alguien a decir, a nombrar con esa crudeza, con esa crueldad, con esa inmisericordia, con esa casi brutal indiferencia?

Y luego, con esa desfachatez, con esa frescura: "Quiero ir a orinar a la luz de la luna."

Y después, como si nada: "Tarumba, parece que va a llover."

Como si nada, como quien le habla a su hijo, a su amigo, a su mujer. Como quien habla consigo mismo, con su alma.

Y así, al lado de M*etempsicosis* y de *Suave patria*, al lado de los chiapanecos y de los clásicos españoles, entré por la poesía del gran Jaime Sabines.

Llevé el libro a la prepa: a la menor provocación, o aun sin ella, lo recitaba y lo recetaba a quien quisiera oírlo.

Y aquella tropa de rufianes preparatorianos de La Facultad de Mixcoac, especialistas en no respetar

nada, se inclinaban respetuosamente como las bestias más salvajes ante la música de Orfeo.

Y días después pedían que sacara el *librito* y dijera en voz alta los poemas.

Y yo leía:

> Ay, Tarumba, tú ya conoces el deseo.
> Te jala, te arrastra, te deshace.
> Zumbas como un panal.
> Te quiebras mil y mil veces.
> Dejas de ver mujer cuatro días
> porque te gusta desear,
> te gusta quemarte y revivirte,
> te gusta pasarles la lengua de tus ojos a todas.
> [...]

Y veíamos los patios de nuestra Prepa 8 floreciendo de muchachas.

Y les pasábamos la lengua de los ojos a todas.

La mujer gorda, Tarumba,
camina con la cabeza levantada.
El cojo le dice al idiota: Te alcancé.
[...]

Y los versos resonaban en el alma de todos:

A caballo, Tarumba,
hay que montar a caballo
para recorrer este país,
para conocer a tu mujer,
para desear a la que deseas,
para abrir el hoyo de tu muerte,
para levantar tu resurrección.

¿Qué putas puedo hacer con mi rodilla,
con mi pierna tan larga y tan flaca,

con mis brazos, con mi lengua,
con mis flacos ojos?
¿Qué puedo hacer en este remolino
de imbéciles de buena voluntad?
[...]
¿Qué puedo entre los poetas
uniformados
por la academia o por el comunismo?

Y los versos resonaban en los muros de la preparatoria y quizás alcanzaban a cruzar la calle y a traspasar los muros del sórdido edificio de enfrente (el antiguo manicomio de La Castañeda) para limpiar su aire malsano y dejar por unas horas una atmósfera fresca, olorosa a poesía.

Afuera, mientras tanto, Dios roncaba.

Y mientras Dios roncaba un joven poeta ponía en fuga a los amenazantes mastines de la porra universitaria y sus hazañas se contaban entre clase y clase.

Un día, uno de mis amigos me pidió el librito para leerlo en su casa.

Y ese día chocó en su viejo y minúsculo automóvil.

Y mi hermosa edición se perdió para siempre.

*

Llegué a la Facultad.

Y un día de 1971 vi el primer *Recuento de poemas*, no el de Mortiz, el de la UNAM, la edición de 1962. Agotado varios años atrás, ese día estaba ahí, en un anaquel de la Librería Universitaria de C. U. Entré con emoción a preguntar. No me alcanzaba. Tendría que esperar el giro telegráfico de fin de mes. Y cuando este llegó, el libro ya no estaba. Hondo vacío.

Pero por esas fechas leí "Doña Luz" en la revista de la universidad y poco después pude encontrar *Maltiempo.*

Me conocía más leyendo esos poemas.

En mi cumpleaños número 25, mi mujer me regaló el hermoso ejemplar en gran formato de "Algo sobre la muerte del Mayor Sabines", la preciosa edición que don Joaquín Díez Canedo hizo en fino papel y hermosa tipografía en 1973. Edición de lujo: doscientos cincuenta ejemplares numerados y firmados por el autor, impresos en papel Vellum de 165 gramos, con tipos Bodoni de 14, 18, 24 y 36 puntos, con un linóleo de Humberto Maldonado Zambrano... Yo tengo el ejemplar número 142.

Después vino el *Nuevo recuento de poemas* de Joaquín Mortiz.

Y así pasó la década.

Aprendí a gustar muchos frutos poéticos pero volvía a Sabines con regularidad.

Mi admiración crecía.

Yo crecía.

*

Pasó el tiempo. Terminé la carrera. Empecé el ejercicio profesional de la psicoterapia junto con mi práctica académica en la universidad. Pero no había podido dejar de leer ni de escribir poesía. Así que un día decidí confrontar la opinión de los lectores. Envié tímidamente una muestra de mi trabajo a un certamen organizado por mi estado natal. El mejor premio fue conocer a los jueces: Jaime Sabines y Enoch Cancino Casahonda (así como se quiere a Sabines en todo el territorio nacional, así queremos en Chiapas a Enoch Cancino Casahonda). Dos grandes poetas entrañables.

El destino, pues, me hizo conocer a Sabines del mejor modo posible.

En Chiapas hablé con Jaime por primera vez. Y no volví a verlo sino diez años después, en su lecho de crucificado, en su potro de tortura después del accidente.

Mi cercanía con él creció en los últimos años.

Quizá por ello Jorge von Ziegler y Juan Domingo Argüelles me hicieron *manita de puerco* y me pusieron a conversar con él. Querían que dos poetas chiapanecos de distintas generaciones conversaran libremente sobre la poesía. El año en que yo nací apareció *Horal*, el primer libro de Jaime Sabines. Nunca había hecho un trabajo periodístico de esa naturaleza y además, el poeta estaba muy mal por esos días y no quería importunarlo. Al principio me negué, luego sufrí, dudé, acepté. Se repitió el ciclo, sufrí, dudé, acepté. Finalmente me decidí. No podía fallarle a mis amigos de *Tierra Adentro* que iniciaban su nueva época. Total, me dije, nunca he hecho entrevistas periodísticas pero he hecho mil entrevistas en psicoterapia. Además será una charla entre amigos. Si acepta hablaremos de la gente que aparece en su poesía.

El poeta aceptó. Llevamos grabadoras de audio y video. Nos instalamos en su casa y conversamos. Esa

misma noche transcribimos el audio y el resultado se publicó en el número 78, primer número de la nueva época de la revista *Tierra Adentro*. Con él se iniciaba el Homenaje Nacional a Jaime Sabines por sus setenta años.

Quizá por eso Julio Derbez me invitó a presentar el libro *Jaime Sabines, algo sobre su vida* de Carla Zarebska. El libro lo presentamos Carlos Monsiváis y yo, moderados por Germán Dehesa. El acto se realizó en el auditorio Simón Bolívar, en la sede universitaria de San Ildefonso. Para entonces todos sabían que el poeta estaba enfermo y que había sido sometido a más de 30 intervenciones quirúrgicas. Había 800 personas en el auditorio y otro tanto en los patios que, al no encontrar cupo, esperaban ver el acto en las pantallas de televisión. Como la ceremonia no dio inicio a la hora programada, el público empezó a desesperarse. Comenzaron las señales de presión: palmadas, golpecitos en el piso, leves silbidos. El maestro de ceremo-

nias anunció entonces que el retraso se debía a que "el poeta Jaime Sabines viene en camino y está detenido por el tráfico a unas cuadras de aquí". La gente no sabía que Sabines haría acto de presencia. Al enterarse se soltó un aplauso colosal y todos se dispusieron a esperar lo que fuese necesario. Sería su primera aparición pública en casi siete años. Ese acto inició la serie de lecturas masivas que dio Jaime Sabines de ahí en adelante, recibendo el homenaje de sus lectores. Bellas Artes y la UNAM repitieron la experiencia dos años después. Pero también pudo leer en Nueva York, en Canadá, en Madrid, en París, en Pachuca, en Tijuana, en Cd. Victoria, en Tuxtla.

Quizá por esa cercanía Jaime Sabines escribió y publicó un poema a mi mujer, y no resisto el deseo de compartirlo con ustedes:

> Pilla: bien hizo Efraín al escogerte por
> esposa. Tú tienes, como las monedas

> que Dios regala de vez en cuando a los hombres, dos caras deslumbrantes: una, la del trabajo, la disciplina y el rigor; otra, la de la gracia. En esta, que es la que me gusta, eres como un campo de girasoles: giras y danzas siguiendo al sol por todas partes todo el día y, cuando el sol se oculta, te duermes de amor.

Quizá por eso su felicidad cuando, en 1996, recibí el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines. El rector de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Andrés Fábregas, llamó a mi casa pero no me encontró. Llamó entonces a Jaime y Sabines le dijo que me hallaría a las tres y media de la tarde. Él sabía que yo llegaría a las tres pero "retrasó" mi llegada media hora porque él quería darme la noticia. Estaba tan eufórico como yo. Una o dos semanas después celebramos el premio con una comida en mi casa. Estuvimos

doña Chepita y Jaime, César Aceves con su esposa, mis hijos Celina y Balam, mi mujer y yo. César Aceves, orfebre, escultor y gastrónomo, preparó un menú de auténtico coleto que acompañamos con dos Vega Sicilia prodigiosos.

Un año después acompañé a Sabines y a Marco Antonio Campos en la presentación de *Los poemas del peatón,* edición francés-español seleccionada y prologada por Marco Antonio Campos. Campos es aquel joven poeta de mi preparatoria que tres décadas después aún emplea corazón y lanza para defender el buen nombre de la Poesía. Ahora contra mastines de calaña distinta a los de la porra universitaria; más enclenques, tal vez, pero con las fauces más envenenadas.

Sabines visitó nuestra casa por última vez a finales de 1997. Celebraríamos sus triunfos apoteósicos y la aparición de mi *Partes un verso a la mitad y sangra.* Esa vez estuvo con nosotros el joven poeta sinaloense Ma-

rio Bojórquez. De sobremesa Sabines tomó mi libro, festejó su factura, leyó el primer poema en voz alta, y no quiso dejar de leer hasta que llegó al último poema. Guardo en mi corazón su generoso entusiasmo.

Quiso el azar que me tocara a mí pronunciar la oración fúnebre en el sepelio del poeta. Lo despedí con sus propios versos, más otros de Rubén Darío y de Efraín Huerta. Bajo la lluvia, entre los rostros dolientes de su gente más cercana, lancé estas

Voces hacia los cuatro puntos cardinales

Arneo:

La muerte es de la vida la inseparable hermana.

Quirón:

La muerte es la victoria de la progenie humana.

Medón:

¡La muerte! Yo la he visto. No es demacrada y mustia
ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia.
Es semejante a Diana, casta y virgen como ella;
en su rostro hay la gracia de la núbil doncella
y lleva una guirnalda de rosas siderales.
En su siniestra tiene verdes palmas triunfales,
y en su diestra una copa con aguas del olvido.
A sus pies, como un perro, yace un amor dormido.

Amico:

Los mismos dioses buscan la dulce paz que vierte.

Quirón:

La pena de los dioses es no alcanzar la muerte.

Eurito:

Si el hombre –Prometeo– pudo robar la vida,
la clave de la muerte serále concedida.

Jaime:

Juega uno a vivir...

Julio:

Mi papá se despertó temprano.
Pidió su café.
Miró la bugambilia.
Luego murió.

Efraín Huerta
(dirigiéndose a Rubén Darío):

Claro está que murió –como deben morir los poetas,
maldiciendo, blasfemando, mentando madres,
viendo apariciones, cobijado por las pesadillas.
Claro que así murió y su muerte resuena en las
malditas habitaciones
donde perros, orgías, vino griego, prostitutas
francesas, donceles y príncipes
se rinden y le besan los benditos pies...

Jaime
(hablando ante el espejo
que prueba si aún tiene aliento):

¿Para esto morir?
¿para inventar el alma,
el vestido de Dios, la eternidad, el agua
del aguacero de la muerte, la esperanza?

El espejo:
¿Para esto vivir? ¿para sentir prestados
los brazos y las piernas y la cara,
arrendados al hoyo, entretenidos
los jugos en la cáscara?
¿para exprimir los ojos noche a noche
en el temblor obscuro de la cama,
remolino de quietas transparencia,
descendimiento de la náusea?

Efraín Huerta
(nuevamente a Darío):

Y el agua de los lagos, el agua de los ríos y los ríos de
alcohol bebidos a pleno pulmón, así deben beber los
poetas: Hasta lo infinito, hasta la negra noche y las
agrias albas y las ceremonias civiles y los poemas ru-
bíes, los poemas diamantes,
los poemas huesolabrado, los poemas floridos, los
poemas toros,
los poemas posesión, los poemas rubenes, los poe-
mas daríos, los poemas madres, los poemas padres,
tus poemas...

Jaime
(Recién parido en el lecho de la muerte):

Lento, amargo animal
que soy, que he sido,
amargo desde el nudo de polvo y agua y viento

que en la primera generación del hombre pedía a
Dios.
Amargo como esos animales amargos
que en las noches de exacta soledad
–maldita y arruinada soledad
sin uno mismo–
trepan a la garganta
y, costras de silencio,
asfixian, matan, resucitan.
Amargo como esa voz amarga,
prenatal, presubstancial, que dijo
nuestra palabra, que anduvo nuestro camino
que murió nuestra muerte,
y que en todo momento descubrimos.
[...]
Lento, amargo animal
que soy, que he sido.

Eva (la de Adán):

Jaime ya no está. De un momento a otro dejó de hablar. Se quedó quieto y duro. En un principio pensamos que dormía. Más tarde lo toqué y no tenía calor. Lo moví, le hablé. Y no se levantó. Nunca volvió a hablar. Poco a poco se lo come la tierra. No se levanta, no habla, no retoña. Yo lo he estado mirando. Es inútil. Cada vez es menos, pesa menos, se acaba.

Yo:

Es la Ciudad de México
y es el 20 de marzo de 1999.
Ayer murió el poeta: faltaban cinco días para su cumpleaños.
Con excepción del Dolor,
aquí no hay nada más que declarar.

⁎ "Una Conversación a ras de tierra" se publicó en el número 99 (agosto-septiembre) de la revista *Tierra Adentro* del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

DOLORES CASTRO

A mí me gusta mucho *Horal* porque creo que con un mínimo número de palabras dice lo que el ser humano es y en dónde está situado.

JOSÉ DOMINGO ARGÜELLES

La poesía de Sabines ha entrado en las casas que no tienen biblioteca ni conocen nada de las preceptivas ni de los prestigios literarios. Sabines es uno de los últimos poetas populares...

JOSÉ EMILIO PACHECO

Jaime Sabines es uno de los pocos poetas mexicanos de la "Generación de los 50" que logró trascender, a pesar de las dificultades que la época imponía a los autores.

LA POESÍA ES UN DESTINO

ANA CRUZ

La poesía es un destino

Una de las últimas entrevistas hechas "de cuerpo presente" al gran poeta chiapaneco fue la que realizó Ana Cruz en el programa Personajes y Escenarios para Canal 22, de México. La primera transmisión fue hecha el 25 de octubre de 1996; en ella, Sabines leyó dos poemas inéditos. El tono nostálgico, la visión cansina y la añoranza de algo perdido sin saber definir bien qué –tal vez la vida– cierran el círculo que va de *Horal*, su primer poemario, a *Poemas rescatados*, el último, el que no alcanzó a reunir porque siempre falta tiempo, aunque en algunos, como en Sabines, sobre vida.

De cuerpo presente, el poeta es un hombre cálido y amoroso. Sonríe fiel y deja de sonreír pronto. Camina con dificultad. Se apoya en las muletas que tanto odia

y que tanto necesita. Desde un principio es cordial, aunque nos reprocha la insistencia de venir a visitarlo. Sólo alcanzo a darle las gracias, esperando que perciba nuestra grata emoción por estar ahí. Sensible, nos abre su intimidad sin regateos.

Pasamos a la sala donde le gusta sentarse a leer. Jaime muerde la boquilla que sustituye al cigarro. Extraña el sabor, el olor y el humo del tabaco. Me quedo mirándolo y simplemente dice: "El médico me tiene prohibido fumar, pero hay vicios que son terribles". Después de unos minutos continúa: "Estoy listo, puede preguntar lo que quiera", me dice, con gesto de aprobación y mirándome a los ojos.

Jaime Sabines: ¿Va a empezar con las preguntas fáciles o con las difíciles?

Ana Cruz: ¿Cuáles prefiere usted, don Jaime?

JS: Me da igual.

AC: Entonces, ¿qué le parece si comenzamos con una de las fáciles?, ¿qué significa la poesía para usted? –Me mira de reojo y responde siguiendo la broma:

JS: ¿Esa se le hace de las fáciles...? Pues es muy difícil, porque es una pregunta a la que puedo responder de muchas maneras. No hay una sola respuesta para cierto tipo de preguntas. Le puedo dar todas las respuestas del mundo, pero le daré la que me parece más verdadera en mi caso: la poesía es un ejercicio necesario, absolutamente necesario; inevitable, diría yo. En alguna ocasión dije que era como un destino. Más que una vocación, la poesía es un destino. En ella se encuentra un cincuenta o sesenta por ciento de oficio, de rigor, de disciplina. Lo demás es lo que antiguamente se llamaba inspiración, aunque actualmente ya no es una palabra muy aceptada. Hay quienes prefieren hablar del subconsciente o cualquier otro término de la psicología moderna. Pero se refiere a lo

mismo, es la facilidad con la que al poeta se le dan los poemas, como algo natural.

AC: ¿Al poeta se le dan los poemas por inspiración? ¿Considera que es un privilegiado que goza de más momentos de inspiración que el resto de los creadores?

JS: No, yo no diría que los poetas tienen más momentos de inspiración, pero sí que tienen más sensibilidad para percibir las cosas que los rodean. Un poeta es una gente "descarnada", es decir, una persona que va por el mundo sin piel, con la carne viva. Por lo tanto, las cosas que suceden le afectan más que a otros. No tiene nada que lo cubra, que lo proteja y entonces, como respuesta a la vida, se le da la poesía.

Nacido en Tuxda Gutiérrez, Chiapas, en 1926, Jaime Sabines rebasa ya las cinco décadas como poeta. Su vida de escritor se inicia muy joven; sin embargo, no es hasta que madura su poesía cuando se decide a pu-

blicar, por ello se desconocen muchos de sus versos de adolescencia y juventud. Su primer poemario, *Horal*, sale a la luz en 1950, seguido por *La Señal*, que se publica en 1951 y *Adán y Eva*, editado en 1952.

Producto de un escribir infatigable, imperioso, obsesivo, Sabines considera que "la poesía ocurre como un accidente, un atropello, un enamoramiento, un crimen..."

AC: Don Jaime, háblenos de sus primeros años de poeta, de esos tiempos en los que usted se da cuenta de que posee el don de la poesía. ¿Cuándo descubre realmente eso que llama "su destino"?

JS: Bueno, eso que yo llamo mi destino lo descubrí ya tarde. No fue en los años de juventud ni en la adolescencia, tenía como 45 o 50 años. En las primeras experiencias uno juega con la poesía como con cualquier otro entretenimiento. En mi caso, llego a la poesía porque en mi casa me enseñaron a recitar, muchas

veces lo he dicho, recitaba todos los poemas del *Declamador sin maestro*, me los sabía de memoria y era un acto social, un acto de comunicación, pero más que nada social.

AC: ¿Cuándo empieza a tomar en serio la poesía y por qué?

JS: En realidad empecé a tomarla en serio cuando me vine a estudiar medicina a la Ciudad de México en 1945. Aquí, desgraciadamente, la soledad de esta gran urbe resultó para mí un ambiente bastante cruel. Yo era un muchacho de provincia al que le asustaba la ciudad; entonces, como una forma de huir de mis miedos, me echaba encima de las libretas a escribir todas las noches, desaforadamente, compasivamente.

AC: ¿Dónde quedaron esos escritos? ¿Alguna vez pensó en publicarlos?

JS: Si le contara... –Sabines se acomoda en la silla,

pasa la mano por la nuca todavía adornada con abundante cabellera, vuelve a sonreír con la boquilla en la boca. Recuerda aquellos años de su vida con cierta nostalgia y su voz suena serena–. En aquella época sólo escribía como desaforado, no analizaba mi obra ni se me ocurría que podía publicar algo de lo que escribía. Años después, concluí que nada de aquello valía la pena para la poesía y rompí todo lo que había escrito. No fueron años perdidos, sin embargo fue entonces cuando me hice realmente poeta, sin escribir un buen poema.

AC: ¿No se arrepiente de haber roto aquellos poemas?

JS: Cuando lo hice estaba convencido de que no valían la pena. Fue después de haberlos destruido cuando pude empezar a escribir cosas mejores. En 1949, cuando entré a la Facultad de Filosofía y Letras, después de dejar la carrera de Medicina en la que estuve inscrito por tres años, comencé a leer a los grandes

poetas del mundo hispano y, gracias a su lectura, siento que mis poemas suenan ya diferente. Aunque le advierto que en esa época recibí muchas influencias, sobre todo influencias formales que me impulsaban a escribir parecido. Escribí a la manera de Neruda durante seis meses, a la manera de García Lorca otros seis meses, de Juan Ramón Jiménez otra temporada y así imité a todos los grandes poetas del 27, sin pretender conscientemente escribir como ellos. Sobre todo, Pablo Neruda me influyó mucho.

AC: ¿Se daba cuenta de las influencias que se apoderaban de su escritura o no las percibía?

JS: ¡Claro que me daba cuenta de que esos poemas no eran míos! "Son obras de García Lorca o son obras de Neruda", me decía a mí mismo. Pero poco a poco empecé a escribir cosas diferentes... fui notando que ya era una voz propia que se iba abriendo paso entre tantas influencias.

AC: Las influencias son necesarias e inevitables, a veces hasta deseables pero, ¿cómo logra usted liberarse de ellas y ser usted mismo?, ¿se es más libre cuando se han sacudido las influencias?

JS: La libertad se adquiere, paradójicamente, con el mayor rigor y la mayor disciplina. Así es la creación poética. Alguna vez dije que era un ejercicio impúdico, en el que el hombre se tiene que desnudar para escribir. El poeta tiene que darse totalmente en cuerpo y alma. Entonces hay que dejar muchísimo para escribir. No es cuestión de que le dicten a usted todos los poemas. Hay que tener el oído bien despierto, alerta los ojos y toda la piel al descubierto, y escribiendo aprender a escribir, como el nadador que quiere llegar a nadar bien y tiene que meterse al agua todos los días; ese es el hecho de escribir, el ejercicio de escribir, la disciplina de escribir. Sólo a través de muchos años se van obteniendo resultados, únicamente cuando se ha hecho una buena siembra se van cosechando pro-

ductos consistentes –vuelvo a fijar mi mirada en sus ojos y por unos instantes no decimos nada; Jaime corresponde con la vista al silencio y murmura–:

> Uno apenas es una cosa cierta
> que se deja vivir, morir apenas
> y olvida cada instante, de tal modo
> que cada instante, nuevo, lo sorprenda.

AC: Maestro, háblenos de *Horal*, su primer libro de poemas. ¿Cómo es que surge y cómo publica por primera vez?

JS: Bueno, *Horal* es mi primer libro, lo escribí en 1949. Fue cuando le digo que sentí que ya tenía una voz propia, porque ya había escrito cientos de páginas que se fueron a la basura, pues afortunadamente siempre tuve un sentido bastante crítico y muy exigente. Cuando empecé a escribir *Horal* me di cuenta que por ahí podía venir mi primer libro; ya tenía 23 años y fui

muy afortunado en publicarlo en 1950. Originalmente había reunido en ese libro 62 poemas, pero recuerdo que cuando ya se aproximaba la fecha de entrega del manuscrito al gobierno del Estado de Chiapas, porque fue editado por el gobierno de mi tierra, unos días antes de irme a Tuxtla, lo dejé en 32 poemas. Más tarde, cuando ya estaba en la imprenta lo moché y lo dejé en 18 poemas y así apareció publicado.

Pero antes de *Horal* ya había colaborado en revistas en la Universidad Nacional, aquí en la Ciudad de México y también en Chiapas, así que decidí guardar más de 40 poemas para otra ocasión.

AC: La soledad está muy presente en sus poemas. En "Los amorosos", por ejemplo, escribe usted: "Son los insaciables, los que siempre –¡qué bueno!– han de estar solos", pero también nos dice en alguno de sus versos que la poesía es un intento de acabar con la soledad. ¿La poesía siempre se queda en el intento? ¿Nunca logra vencer a la soledad?

JS: El hecho de escribir es ya el hecho de romper esa soledad; ese instante en que usted escribe es un instante de comunión con las personas y con la vida. Hasta con los muebles y las cosas. Escribir es el verdadero sentido de la vida. En lo personal, para los poetas es una especie de catarsis. Recuerdo que cuando la muerte de mi padre, escribí todos esos poemas, noche tras noche a medida que iba transcurriendo la enfermedad y, más tarde, cuando su muerte, el entierro, el luto.

Después de escribir en 1961 "Algo sobre la Muerte del Mayor Sabines", guardé silencio durante tres años, porque ya estaba harto de hablar de la muerte, pero no podía quitármela de la cabeza. Al fin, el tema de la muerte me vence de nuevo y me doy cuenta de que no podía salir de aquello mientras no lo enfrentara decididamente. Así resolví escribir la segunda parte del poema de "El Mayor Sabines" en 1964, más o menos. Escribir me ayudó a salir de mi soledad. Muchas veces,

cuando uno se está muriendo o se muere un ser querido, escribir es todo lo que importa.

Hijo del Mayor Julio Sabines y de doña Luz Gutiérrez, el poeta hereda de su padre la tradición libanesa y la férrea disciplina, y de su madre el orgullo y la generosidad. Sus días de infancia transcurren en Tuxtla como los de cualquier otro niño, pero su habilidad para recitar lo convierte en el orador oficial de la escuela. En la poesía, Jaime encuentra la posibilidad de comunicarse, de expresar públicamente sentimientos, anhelos, tristezas y amarguras, la experiencia de vivir y morir.

AC: En ese sentido, ¿la poesía es liberadora? ¿Nos ayuda a aceptar a la muerte?

JS: En ese sentido, y en muchos otros, la poesía es liberadora, sobre todo de las tensiones humanas. Creo que uno es como una caldera que está ardiendo y que

va aumentando la presión cotidianamente, hasta que explota o hasta que se le abren las válvulas. La poesía es una de las válvulas que tenemos para liberar la caldera de la presión que vivimos, tanto de la alegría como del dolor.

AC: Hablemos de *Tarumba*, que es realmente muy distinto a *Horal*; es un canto a la vida y un poemario que ha sido inspiración para muchos otros artistas y pensadores.

JS: Es un canto a la supervivencia más que a la vida. *Tarumba* fue escrito en las condiciones más adversas para un poeta. Fue cuando me acababa de casar y tenía que vivir de algo, sacar adelante a mi esposa, porque albergaba la idea de tener hijos y de darles lo necesario. Pero cuando me preguntaba: "¿Con qué vamos a comer?" o "¿Con qué voy a mantener a mi familia?", la poesía no me resolvía el problema. Entonces, mi hermano Juan, que tenía una tienda de ropa,

me dijo: “Ahí está la tienda, si quieres quédate con ella”, porque él se venía a la Ciudad de México a ser diputado federal. A Juan le gustó siempre la política. Esto fue a fines de 1952. Yo me quedé a trabajar la tienda de ropa en Tuxtla. “¿Cuánto voy a ganar?”, le pregunté a mi hermano Juan. “Tú ponte el sueldo”, me contestó. “Entonces voy a ganar mil pesos mensuales”, le dije yo. Pero al año y medio ya no aguantaba con los mil pesos y le volví a decir: “Me voy a aumentar el sueldo”. “Pues auméntatelo”, me contestó, pero ese es otro aspecto. El dinero nunca me ha importado. El caso es que de pronto estaba yo en una tienda de ropa, viviendo del oficio más antipoético del mundo: el comercio. ¿Qué hace uno después de estar vendiendo mantas, camisas y suéteres? ¿Qué hace uno?

AC: Sin embargo, es una época muy fructífera para su poesía. ¿Escribía de día en la tienda o en las noches después de cumplir con su trabajo?

JS: En la tienda me pasaron cosas tremendas. De pronto me di cuenta de que ya llevaba como seis meses trabajando de comerciante y que no había escrito ni media palabra. Y me dije: "Voy a hacer poesía de sombra, como los boxeadores; voy a escribir un soneto diario para aflojar la mano nada más, sin ninguna otra pretensión". Me eché un soneto diario durante treinta días, claro que después los leí y los rompí todos. Era como hacer poesía de sombra, lograr que la mano estuviera acostumbrada a escribir. No sé cómo, pero de algún modo me sirvió, porque al mes y medio empecé a escribir *Tarumba*.

AC: ¿Se angustiaba al ver pasar los días sin escribir?, ¿se angustia actualmente cuando no escribe?, ¿sigue haciendo poesía de sombra?

JS: Antes sí me angustiaba mucho, ahora ya no. Me he acostumbrado a que tengo periodos de sequía enormes, muy justificados por tantas operaciones quirúrgicas, tanta cama, tanto médico y tanto dolor.

Habitualmente, mis libros han salido cada tres o cuatro años, con excepción de los tres primeros, que se publicaron año tras año: *Horal*, *La señal* y *Adán y Eva* fueron escritos con un año de diferencia. Pero pasaron cinco años para escribir *Tarumba*, y después me tomó cuatro o cinco años para escribir el *Diario Semanario*, y así ocurrió con los libros sucesivos. Siento que hay tiempo de sembrar y tiempo de cosechar. Bien dice la Biblia que existe tiempo de frío, tiempo de calor, tiempo de vivir, tiempo de morir, y lo mismo es en la poesía. Hay tiempo de sequía y tiempo de lluvia.

AC: ¿Cómo es su relación con el lenguaje, con las palabras?, ¿usted las busca, las persigue o ellas llegan?

JS: ¡Ellas llegan! –nos dice Sabines disfrutando su respuesta– ¡Muchas veces ellas llegan aunque no las llame, pero me doy cuenta al momento de escribir! Escribo casi como va a quedar el poema definitivo y siempre corrijo en el momento de escribir, el de la

corrección es un acto simultáneo al de la escritura. Tengo muy pocas correcciones. El otro día me vino a visitar Carlos Monsiváis y le enseñé mis libretas de hace veinticinco o treinta años. Se quedó pasmado y me dijo: "¡Si no corriges! ¡Escribes a la primera!" Y es verdad, en general si usted observa esas libretas no se ven tachaduras ni enmendaduras, arreglos o aumentos. Por lo general la corrección es mínima, es decir, en una línea hay una palabra que sobra y la quito. En el poema puede haber líneas que sobran también, pero esas, muchas veces en el mismo momento de escribir, las voy corrigiendo. Esta es una receta que no le recomiendo a nadie, es sólo mi manera de hacer poesía. Algún día de estos voy a publicar un libro que se va a llamar "Poemas rescatados", porque a muchos poemas que escribí tiempo atrás no les hice caso, no los metí en ningún libro ni nada. Ahora que los vuelvo a leer, después de treinta años, hay muchos que valen la pena de ser rescatados.

AC: ¿Qué tantos poemas podrían ser rescatados para publicarse?

JS: Me alcanzan para todo un libro, como esta, tengo muchas libretas. Mire, aquí estoy viendo esto que no había vuelto a mirar desde hace años, es una metáfora bastante buena, escuche:

> Me olvido de ti a cada rato,
> ¿qué más quieres?
> Lo único que me salva de ti
> eres tú misma.

Ríe, mientras continúa rescatando poemas. Se mete en sus libretas y se olvida de nosotros. Lee en voz alta en un acto íntimo, para sí mismo. La poesía de Sabines se nutre de la calle, del hombre común y la mujer de la palabra del viejo, del niño, de la abuela, del padre. Recoge la lengua de las ciudades y las expresiones del campo. Cree en el sentimiento humano sin fronteras,

en la vida que corre como poderoso río en el poeta que es testigo del hombre. Puerto seguro para los que aman, su poesía se adueña del "corazón del hombre que sueña y anda solo en la tierra".

* "La poesía es un destino" se publicó el 28 de marzo de 1999 en *La Jornada Semanal*.

Algo sobre la muerte
del mayor Sabines

PRIMERA PARTE

I

Déjame reposar,
aflojar los músculos del corazón
y poner a dormitar el alma
para poder hablar,
para poder recordar estos días,
los más largos del tiempo.

Convalecemos de la angustia apenas
y estamos débiles, asustadizos,
despertando dos o tres veces de nuestro escaso
sueño
para verte en la noche y saber que respiras.

Necesitamos despertar para estar más despiertos
en esta pesadilla llena de gentes y de ruidos.

Tú eres el tronco invulnerable y nosotros las ramas,
por eso es que este hachazo nos sacude.
Nunca frente a tu muerte nos paramos
a pensar en la muerte,
ni te hemos visto nunca sino como la fuerza
    y la alegría.
No lo sabemos bien, pero de pronto llega
un incesante aviso,
una escapada espada de la boca de Dios
que cae y cae y cae lentamente.
Y he aquí que temblamos de miedo,
que nos ahoga el llanto contenido,
que nos aprieta la garganta el miedo.

Nos echamos a andar y no paramos
de andar jamás, después de medianoche,

en ese pasillo del sanatorio silencioso
donde hay una enfermera despierta de ángel.
Esperar que murieras era morir despacio,
estar goteando del tubo de la muerte,
morir poco, a pedazos.

No ha habido hora más larga que cuando no
dormías,
ni túnel más espeso de horror y de miseria
que el que llenaban tus lamentos,
tu pobre cuerpo herido.

II

Del mar, también del mar,
de la tela del mar que nos envuelve,
de los golpes del mar y de su boca,
de su vagina obscura,
de su vómito,

de su pureza tétrica y profunda,
vienen la muerte, Dios, el aguacero
golpeando las persianas,
la noche, el viento.

De la tierra también,
de las raíces agudas de las casas,
del pie desnudo y sangrante de los árboles,
de algunas rocas viejas que no pueden moverse,
de lamentables charcos, ataúdes del agua,
de troncos derribados en que ahora duerme el rayo,
y de la yerba, que es la sombra de las ramas del cielo,
viene Dios, el manco de cien manos,
ciego de tantos ojos,
dulcísimo, impotente.
(Omniausente, lleno de amor,
el viejo sordo, sin hijos,
derrama su corazón en la copa de su vientre.)
De los huesos también,

de la sal más entera de la sangre,
del ácido más fiel,
del alma más profunda y verdadera,
del alimento más entusiasmado,
del hígado y del llanto,
viene el oleaje tenso de la muerte,
el frío sudor de la esperanza,
y viene Dios riendo.

Caminan los libros a la hoguera.
Se levanta el telón: aparece el mar.

(Yo no soy el autor del mar.)

III

Siete caídas sufrió el elote de mi mano
antes de que mi hambre lo encontrara,
siete veces mil veces he muerto
y estoy risueño como en el primer día.

Nadie dirá: no supo de la vida
más que los bueyes, ni menos que las golondrinas.
Yo siempre he sido el hombre, amigo fiel del perro,
hijo de Dios desmemoriado,
hermano del viento.
¡A la chingada las lágrimas!, dije,
y me puse a llorar
como se ponen a parir.
Estoy descalzo, me gusta pisar el agua y las piedras,
las mujeres, el tiempo,
me gusta pisar la yerba que crecerá sobre mi tumba
(si es que tengo una tumba algún día).
Me gusta mi rosal de cera
en el jardín que la noche visita.
Me gustan mis abuelos de totomoste
y me gustan mis zapatos vacíos
esperándome como el día de mañana.
¡A la chingada la muerte!, dije,
sombra de mi sueño,
perversión de los ángeles,

y me entregué a morir
como una piedra al río,
como un disparo al vuelo de los pájaros.

IV

Vamos a hablar del Príncipe Cáncer,
Señor de los Pulmones, Varón de la Próstata,
que se divierte arrojando dardos
a los ovarios tersos, a las vaginas mustias,
a las ingles multitudinarias.

Mi padre tiene el ganglio más hermoso del cáncer
en la raíz del cuello, sobre la subclavia,
tubérculo del bueno de Dios,
ampolleta de la buena muerte,
y yo mando a la chingada a todos los soles del mundo.
El Señor Cáncer, El Señor Pendejo,
es sólo un instrumento en las manos oscuras
de los dulces personajes que hacen la vida.

En las cuatro gavetas del archivero de madera
guardo los nombres queridos,
la ropa de los fantasmas familiares,
las palabras que rondan
y mis pieles sucesivas.

También están los rostros de algunas mujeres,
los ojos amados y solos
y el beso casto del coito.
Y de las gavetas salen mis hijos.
¡Bien haya la sombra del árbol
llegando a la tierra,
porque es la luz que llega!

V

De las nueve de la noche en adelante
viendo la televisión y conversando
estoy esperando la muerte de mi padre.
Desde hace tres meses, esperando.

En el trabajo y en la borrachera,
en la cama sin nadie y en el cuarto de niños,
en su dolor tan lleno y derramado,
su no dormir, su queja y su protesta,
en el tanque de oxígeno y las muelas
del día que amanece, buscando la esperanza.

Mirando su cadáver en los huesos
que es ahora mi padre,
e introduciendo agujas en las escasas venas,
tratando de meterle la vida, de soplarle
en la boca el aire...

(Me avergüenzo de mí hasta los pelos
por tratar de escribir estas cosas.
¡Maldito el que crea que esto es un poema!)

Quiero decir que no soy enfermero,
padrote de la muerte,

orador de panteones, alcahuete,
pinche de Dios, sacerdote de las penas.
Quiero decir que a mí me sobra el aire...

VI

Te enterramos ayer.
Ayer te enterramos.
Te echamos tierra ayer.
Quedaste en la tierra ayer.
Estás rodeado de tierra
desde ayer.
Arriba y abajo y a los lados
por tus pies y por tu cabeza
está la tierra desde ayer.
Te metimos en la tierra,
te tapamos con tierra ayer.
Perteneces a la tierra
desde ayer.
Ayer te enterramos
en la tierra, ayer.

VII

Madre generosa
de todos los muertos,
madre tierra, madre,
vagina del frío,
brazos de intemperie,
regazo del viento,
nido de la noche,
madre de la muerte,
recógelo, abrígalo,
desnúdalo, tómalo,
guárdalo, acábalo.

VIII

No podrás morir.
Debajo de la tierra
no podrás morir.
Sin agua y sin aire
no podrás morir.

Sin azúcar, sin leche,
sin frijoles, sin carne,
sin harina, sin higos,
no podrás morir.
Sin mujer y sin hijos
no podrás morir.
Debajo de la vida
no podrás morir.
En tu tanque de tierra
no podrás morir.
En tu caja de muerto
no podrás morir.
En tus venas sin sangre
no podrás morir.
En tu pecho vacío
no podrás morir.
En tu boca sin fuego
no podrás morir.
En tus ojos sin nadie
no podrás morir.

En tu carne sin llanto
no podrás morir.
No podrás morir.
No podrás morir.
No podrás morir.

Enterramos tu traje,
tus zapatos, el cáncer;
no podrás morir.
Tu silencio enterramos.
Tu cuerpo con candados.
Tus canas finas,
tu dolor clausurado.
No podrás morir.

IX

Te fuiste no sé a dónde.
Te espera tu cuarto.
Mi mamá, Juan y Jorge

te estamos esperando.
Nos han dado abrazos
de condolencia, y recibimos
cartas, telegramas, noticias
de que te enterramos,
pero tu nieta más pequeña
te busca en el cuarto,
y todos, sin decirlo,
te estamos esperando.

X

Es un mal sueño largo,
una tonta película de espanto,
un túnel que no acaba
lleno de piedras y de charcos.
¡Qué tiempo este, maldito,
que revuelve las horas y los años,
el sueño y la conciencia,
el ojo abierto y el morir despacio!

XI

Recién parido en el lecho de la muerte,
criatura de la paz, inmóvil, tierno,
recién niño del sol de rostro negro,
arrullado en la cuna del silencio,
mamando obscuridad, boca vacía,
ojo apagado, corazón desierto.

Pulmón sin aire, niño mío, viejo,
cielo enterrado y manantial aéreo
voy a volverme un llanto subterráneo
para echarte mis ojos en tu pecho.

XII

Morir es retirarse, hacerse a un lado,
ocultarse un momento, estarse quieto,
pasar el aire de una orilla a nado
y estar en todas partes en secreto.

Morir es olvidar, ser olvidado,
refugiarse desnudo en el discreto
calor de Dios, y en su cerrado
puño, crecer igual que un feto.

Morir es encenderse bocabajo
hacia el humo y el hueso y la caliza
y hacerse tierra y tierra con trabajo.

Apagarse es morir, lento y aprisa,
tomar la eternidad como a destajo
y repartir el alma en la ceniza.

XIII

Padre mío, señor mío, hermano mío,
amigo de mi alma, tierno y fuerte,
saca tu cuerpo viejo, viejo mío
saca tu cuerpo de la muerte.

Saca tu corazón igual que un río,
tu frente limpia en que aprendí a quererte,
tu brazo como un árbol en el frío
saca todo tu cuerpo de la muerte.

Amo tus canas, tu mentón austero,
tu boca firme y tu mirada abierta,
tu pecho vasto y sólido y certero.

Estoy llamando, tirándote la puerta.
Parece que yo soy el que me muero:
¡padre mío, despierta!

XIV

No se ha roto ese vaso en que bebiste,
ni la taza, ni el tubo, ni tu plato.
Ni se quemó la cama en que moriste,
ni sacrificamos un gato.

Te sobrevive todo. Todo existe
a pesar de tu muerte y de mi flato.
Parece que la vida nos embiste
igual que el cáncer sobre tu omoplato.

Te enterramos, te lloramos, te morimos,
te estás bien muerto y bien jodido y yermo
mientras pensamos en lo que no hicimos

y queremos tenerte aunque sea enfermo.
Nada de lo que fuiste, fuiste y fuimos
a no ser habitantes de tu infierno.

XV

Papá por treinta o por cuarenta años,
amigo de mi vida todo el tiempo,
protector de mi miedo, brazo mío,
palabra clara, corazón resuelto,

te has muerto cuando menos falta hacías,
cuando más falta me haces, padre, abuelo,
hijo y hermano mío, esponja de mi sangre,
pañuelo de mis ojos, almohada de mi sueño.

Te has muerto y me has matado un poco.
Porque no estás, ya no estaremos nunca
completos, en un sitio, de algún modo.

Algo le falta al mundo, y tú te has puesto
a empobrecerlo más, y a hacer a solas
tus gentes tristes y tu Dios contento.

XVI

(NOVIEMBRE 27)

¿Será posible que abras los ojos y nos veas ahora?
¿Podrás oírnos?
¿Podrás sacar tus manos un momento?

Estamos a tu lado. Es nuestra fiesta,
tu cumpleaños, viejo.
Tu mujer y tus hijos, tus nueras y tus nietos
venimos a abrazarte, todos, viejo.
¡Tienes que estar oyendo!
No vayas a llorar como nosotros
porque tu muerte no es sino un pretexto
para llorar por todos,
por los que están viviendo.
Una pared caída nos separa,
sólo el cuerpo de Dios, sólo su cuerpo.

XVII

Me acostumbré a guardarte, a llevarte lo mismo
que lleva uno su brazo, su cuerpo, su cabeza.
No eras distinto a mí, ni eras lo mismo.
Eras, cuando estoy triste, mi tristeza.

Eras, cuando caía, eras mi abismo,
cuando me levantaba, mi fortaleza.

Eras brisa y sudor y cataclismo,
y eras el pan caliente sobre la mesa.

Amputado de ti, a medias hecho
hombre o sombra de ti, sólo tu hijo,
desmantelada el alma, abierto el pecho,

ofrezco a tu dolor un crucifijo:
te doy un palo, una piedra, un helecho,
mis hijos y mis días, y me aflijo.

SEGUNDA PARTE

I

Mientras los niños crecen, tú, con todos los muertos,
poco a poco te acabas.
Yo te he ido mirando a través de las noches
por encima del mármol, en tu pequeña casa.
Un día ya sin ojos, sin nariz, sin orejas,

otro día sin garganta,
la piel sobre tu frente agrietándose, hundiéndose,
tronchando obscuramente el trigal de tus canas.
Todo tú sumergido en humedad y gases
haciendo tus deshechos, tu desorden, tu alma,
cada vez más igual tu carne que tu traje,
más madera tus huesos y más huesos las tablas.
Tierra mojada donde había tu boca,
aire podrido, luz aniquilada,
el silencio tendido a todo tu tamaño
germinando burbujas bajo las hojas de agua.
(Flores dominicales a dos metros arriba
te quieren pasar besos y no te pasa nada.)

II

Mientras los niños crecen y las horas nos hablan
tú, subterráneamente, lentamente, te apagas.
Lumbre enterrada y sola, pabilo de la sombra,
veta de horror para el que te escarba.

¡Es tan fácil decirte “padre mío”
y es tan difícil encontrarte, larva
de Dios, semilla de esperanza!

Quiero llorar a veces, y no quiero
llorar porque me pasas
como un derrumbe, porque pasas
como un viento tremendo, como un escalofrío
debajo de las sábanas,
como un gusano lento a lo largo del alma.

¡Si sólo se pudiera decir: “papá, cebolla,
polvo, cansancio, nada, nada, nada”!
¡Si con un trago te tragara!
¡Si con este dolor te apuñalara!
¡Si con este desvelo de memorias
-herida abierta, vómito de sangre-
te agarrara la cara!

Yo sé que tú ni yo,
ni un par de valvas,
ni un becerro de cobre, ni unas alas
sosteniendo la muerte, ni la espuma
en que naufraga el mar, ni -no- las playas,
la arena, la sumisa piedra con viento y agua,
ni el árbol que es abuelo de su sombra,
ni nuestro sol, hijastro de sus ramas,
ni la fruta madura, incandescente,
ni la raíz de perlas y de escamas,
ni tu tío, ni tu chozno, ni tu hipo,
ni mi locura, y ni tus espaldas,
sabrán del tiempo obscuro que nos corre
desde las venas tibias a las canas.

(Tiempo vacío, ampolla de vinagre,
caracol recordando la reseca.)

He aquí que todo viene, todo pasa,
todo, todo se acaba.

¿Pero tú? ¿pero yo? ¿pero nosotros?
¿para qué levantamos la palabra?
¿de qué sirvió el amor?
¿cuál era la muralla
que detenía la muerte? ¿dónde estaba
el niño negro de tu guarda?
Ángeles degollados puse al pie de tu caja,
y te eché encima tierra, piedras, lágrimas,
para que ya no salgas, para que no salgas.

III

Sigue el mundo su paso, rueda el tiempo
y van y vienen máscaras.
Amanece el dolor un día tras otro,
nos rodeamos de amigos y fantasmas,
parece a veces que un alambre estira
la sangre, que una flor estalla,
que el corazón da frutas, y el cansancio
canta.

Embrocados, bebiendo en la mujer y el trago,
apostando a crecer como las plantas,
fijos, inmóviles, girando
en la invisible llama.
Y mientras tú, el fuerte, el generoso,
el limpio de mentiras y de infamias,
guerrero de la paz, juez de victorias
-cedro del Líbano, robledal de Chiapas-
te ocultas en la tierra, te remontas
a tu raíz obscura y desolada.

IV

Un año o dos o tres,
te da lo mismo.
¿Cuál reloj en la muerte?, ¿qué campana
incesante, silenciosa, llama y llama?,
¿qué subterránea voz no pronunciada?,
¿qué grito hundido, hundiéndose, infinito

de los dientes atrás, en la garganta
aérea, flotante, pare escamas?

¿Para esto vivir?, ¿para sentir prestados
los brazos y las piernas y la cara,
arrendados al hoyo, entretenidos
los jugos en la cáscara?,
¿para exprimir los ojos noche a noche
en el temblor obscuro de la cama,
remolino de quietas transparencias,
descendimiento de la náusea?

¿Para esto morir?,
¿para inventar el alma,
el vestido de Dios, la eternidad, el agua
del aguacero de la muerte, la esperanza?,
¿morir para pescar?,
¿para atrapar con su red a la araña?

Estás sobre la playa de algodones
y tu marea de sombras sube y baja.

V

Mi madre sola, en su vejez hundida,
sin dolor y sin lástima,
herida de tu muerte y de tu vida.

Esto dejaste. Su pasión enhiesta,
su celo firme, su labor sombría.
Árbol frutal a un paso de la leña,
su curvo sueño que te resucita.
Esto dejaste. Esto dejaste y no querías.

Pasó el viento. Quedaron de la casa
el pozo abierto y la raíz en ruinas.
Y es en vano llorar. Y su golpeas
las paredes de Dios, y si te arrancas

el pelo o la camisa,
nadie te oye jamás, nadie te mira.
No vuelve nadie, nada. No retorna
el polvo de oro de la vida.

ÍNDICE

5 Jaime Sabines, el atemporal
PRESENTACIÓN

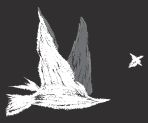
11 Datos biográficos

21 Doña Luz

45 Una conversación
a ras de tierra
EFRAÍN BARTOLOMÉ

73 La poesía es un destino
ANA CRUZ

95 Algo sobre la muerte
del mayor Sabines



500 EJEMPLARES
AGOSTO DE 2016
EN CARMONA IMPRESORES